

PRIMERA PARTE

AÑO 1914

San Petersburgo, 15 de agosto

Hablando en conciencia, todavía no me he podido explicar por completo una extraña circunstancia, ¿por qué me asusté tanto entonces?

La guerra es la guerra, por supuesto, por supuesto que no te alegras y te pones a dar palmas, pero todo el asunto es bastante sencillo y habitual... ¿Es que acaso hace mucho que fue la de Japón? E incluso ahora, cuando ya están teniendo lugar los sangrientos combates, no siento ningún miedo especial, vivo como vivía anteriormente: trabajo, voy de visita, e incluso al teatro o al cinematógrafo y no he observado en absoluto ningún cambio decisivo en mi vida. De no estar en la guerra Pavlushka, el hermano de mi mujer, a veces me podría olvidar completamente de todos estos terribles acontecimientos.

Digamos que no puedo negar el hecho de que a pesar de todo en el alma tengo una inquietud o alarma bastante

fuerte..., no sé como llamarlo, o mejor aún una tristeza que me oprime y que se hace especialmente notoria por las mañanas, después del té. Cuando lees esos periódicos (ahora compro dos grandes revistas además del *Kopeika*) te acuerdas de lo que está sucediendo por ahí, de todos esos pobres belgas, de los niños y las casas devastadas, y enseguida te parece como si te echaran un cubo de agua fría y te sacaran desnudo a la calle helada. Aunque de nuevo en esto no hay nada de miedo, sino piedad y compasión humana hacia los desgraciados.

Pero en ese momento me asusté enormemente, para ser más exactos resultaba hasta ridículo, ahora me resulta vergonzoso no sólo contarle sino incluso recordarlo a solas. Imaginarme tan sólo que el 20 de julio pagué treinta rublos por un carro cochambroso, para llegar a la ciudad desde la dacha en Shubalovo, y que después de unos cinco días volví con toda la familia en tren a la dacha donde pasamos hasta el 17 de agosto maravillosamente. ¡Me da vergüenza recordar lo que nos sucedió! Mi mujer, sin lavar y sin peinar, estaba totalmente perdida y tenía el aspecto de una demente, los niños iban bamboleándose en la carreta y yo, el padre de familia, iba andando por el camino a su lado y sentía como si a mis espaldas hubiera comenzado el fin del mundo y todos nos viéramos obligados a huir, a huir sin volver la vista atrás, huir eternamente... no sólo hasta Piter sino hasta el desconocido fin del mundo.

En todas las tiendas del camino vendían todo el pan que quisieras, ¡pero no sé por qué demonios yo llevaba en el bolsillo un mendrugo de pan seco! Por si acaso, por previsión y precaución. ¡Dios mío!

Hacía un tiempo espléndido, maravilloso, pero noso-

tros no confiábamos ni en el tiempo, todo el rato nos parecía que iba a llover como en un diluvio o que de pronto nevaría o helaría, ¡en pleno julio!, y todos moriríamos a medio camino, ¡qué manera de azuzar a nuestro cochero! Recuerdo otra circunstancia, la más vergonzosa: había arrancado algunas florecillas azules, campanillas del borde del camino, y se las había dado a Lídochka, mi hija, había bromeado con ella, esto es completamente normal ya que quiero mucho a mis hijos, especialmente a Lídochka... pero, ¿qué era lo que pensaba de mí mismo mientras bromeaba? ¡Pensaba: «Mira tú hasta qué punto domino la situación y a mí mismo, no como los demás, hasta cojo florecillas, bromeo y animo a mis hijos y a mi mujer»!

¡Pero qué héroe sobrenatural!

¡Y menuda fiesta tan extraordinaria cuando por la tarde irrumpimos en nuestro piso! ¡Un verdadero éxtasis, felicidad y regocijo! ¡Y cuando encendimos las velas (habíamos cortado la luz cuando nos habíamos ido a la dacha) y toda la familia se sentó frente al samovar!

Pero lo que es más sorprendente es que por más que quiera no puedo recordar cuándo se me pasó ese pánico estúpido y cómo fue que tan sólo cinco días después volviéramos tranquilos a la dacha con todos los demás que se habían ido y, lo más importante, que no tuviéramos ni la más mínima vergüenza. Digamos que la mitad del vagón estaba compuesta por héroes como nosotros pero, ¿cómo nos mirábamos los unos a los otros? No lo recuerdo. Simplemente no nos mirábamos, sino que regresábamos y basta. ¡Héroes! Incluso nos contábamos unos a otros lo que cada uno había soltado por la carreta y sin la más mínima vergüenza.

Por supuesto que mi mujer, Alexandra Evguénieva, me influyó enormemente con su pánico prácticamente mudo y así explico yo ahora a los conocidos esa «huida a Egipto», pero para mi conciencia no basta con esa razón. ¡Me acobardé! Lo más importante es que si yo fuera un cobarde por naturaleza, un pusilánime, entonces todo quedaría explicado y mi conciencia no se alarmaría... pero, qué conciencia tiene un cobarde, ¡los cobardes no se avergüenzan de nada! Sin embargo yo no soy un cobarde de nacimiento, más bien soy un hombre valiente y siempre puedo defenderme, y de pronto me cayó esta alucinación encima. Como si me hubiese dado un calambre en el cerebro y se hubiera apagado la luz. Si me contemplara desde fuera, cómo andaba por la carretera y con valentía recogía florecillas, me consideraría un auténtico estúpido, un cobarde y un ruin, pero yo sinceramente me consideraba un hombre inteligente: ¡cómo no! Había conseguido un carromato, y salvaba a mis hijos y en el bolsillo llevaba un mendrugo de pan..., no era un tío cualquiera, ¡sino un hombre previsor!

¿Pero a qué venía todo esto?

Ahora me lo explico así. Por lo visto ese día tuve, como todos los demás, una visión sobrenatural tan asombrosa, terrible y poco habitual que ni siquiera se parecía a la guerra. Por más que lo intento, no puedo recordar en qué consistía, que tipo de sueño se me apareció en realidad..., sí, debió de ser algo como el Apocalipsis, el fin del mundo y la destrucción de todo ser vivo. Como si en algún sitio retumbara un trueno, la tierra se hiciera añicos con el ruido y apareciera una grieta de la que había que huir y ponerse a salvo.

Lo único que recuerdo con claridad es que no tenía ningún miedo a los mismos alemanes con su káiser e incluso me olvidé completamente de ellos, como si la cosa no tuviera nada que ver con ellos. A ver, ¿cómo podían los alemanes en un día volar hasta Shuvalovo?, hasta un imbecil entendía que eso era imposible, era estúpido siquiera pensarlo.

Además, ¿quiénes eran los alemanes? Al fin y al cabo eran gente como nosotros y, probablemente, no teníamos más que temer nosotros de ellos que ellos de nosotros. El asunto, por decirlo así, era recíproco... Pero en ese momento, era como si unas fieras antediluvianas nos pisaran los talones golpeando la tierra con sus enormes patas, o como si... No, ¡tampoco eran fieras! Pero, ¿cómo una fiera? ¿Qué fieras? ¿Quién las teme ahora? Chorradas, no era ésta la causa, la causa es que tuve una especie de espasmo en el cerebro y se oscureció el mundo. Exactamente eso: se apagó y se dio la vuelta completamente, se puso patas arriba, como si en lugar de andar con los pies anduviera con las manos, como un acróbata.

También recuerdo cómo estando ahí, en la carretera, me sorprendía de todo, de lo más común y que no tenía nada de excepcional por ningún lado. Por ejemplo, se nos acercaba un hombre y yo me quedaba mirando cómo movía las piernas y me sorprendía: ¡mira, anda! O una gallina que saltó al camino un gatito sentado bajo un leño me provocaban lo mismo: ¡un gatito! O le decía a un tendero: «¡Buenos días!» y él me respondía: «¡Buenos días!», y no un «blablablá» incomprensible.

Vimos la calles de la ciudad y de nuevo nos sorprendimos todos, como si nos hubieran tocado una fortuna. Apa-

recía un guardia en la esquina (además conocido) y todos volvimos a abrir la boca de sorpresa y alegría. Como si por tres palabras de Guillermo, «declaro la guerra», todo esto debiera haberse hundido en el infierno: el gatito, la calle, el guardia y hasta el mismo lenguaje humano se hubiera tenido que convertir en un bramido animal o en una farfulla incomprensible. ¡Qué cosas tan incoherentes se le pueden ocurrir al hombre cuando se asusta!

Ahora ya no siento nada de este pánico que tuve y únicamente me avergüenzo. Hay otro hecho, además de las flores de Lídochka, que me pincha dolorosamente la conciencia. Sobre el hecho de si soy o no un cobarde, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, ahora sólo se puede hablar como de una conjetura, pero yo siempre he confiado en mi honradez. Aquí, en el diario, a solas con Dios y mi conciencia, puedo decir incluso más: no sólo soy un hombre honrado, sino un hombre extraordinariamente honrado, de lo que con justicia me enorgullezco. Es más, así es como me conoce la gente.

Así que yo, un hombre que en conciencia es tan honrado y honesto, el día 20 del maldito mes de julio dejé en Shuvalovo a nuestra cocinera Anisia, a pesar de sus lágrimas y sus súplicas.

Por supuesto que ahora todo esto no es más que ridículo y provoca únicamente sonrisas pero, ¿qué es lo que le podía pasar en Shuvalovo a la tonta de Anisia? Nada, y nada le pasó, dos días después ciertamente apareció en nuestro piso de la ciudad, se las apañó para coger un tren e incluso trajo un bote con pepinillos marinados. Pero entonces eso era otra historia completamente diferente, porque yo huía y me llevaba a mi familia, salvándola de la destrucción, y

a ella la dejábamos porque no había sitio suficiente en la carreta y, lo más importante, había que dejar a alguien para recoger todo y para cuidar de las cosas. No me olvidé de mis cosas, ¡burgués!

Sólo puedo decir una cosa en mi descargo. Anisia, a pesar de llorar y suplicar que la lleváramos con nosotros, no se ofendió en absoluto porque no nos la lleváramos y nunca nos lo ha reprochado a ninguno de nosotros. Estúpida mujer.

16 de agosto

Este diario mío lo escribo por las tardes y las noches haciendo como si fueran papeles del trabajo que me traigo de la oficina. Alexandra Evguénievna, mi mujer, es en todos los sentidos un ser humano maravilloso e incluso poco común, inteligente, bueno y bondadoso, pero a pesar de todo entre nosotros hay diferencias como las que tengo con cualquier otra persona cercana, y para mí es extremadamente importante y necesario que nadie lea lo que escribo, de otra manera perdería la libertad para expresar mis pensamientos. Sin contar con que hay muchas cosas de las que me da vergüenza hablar incluso con las personas cercanas y queridas, en mis actuales pensamientos veo incluso el peligroso atractivo que puede tener para naturalezas menos contenidas que la mía. No quiero inmiscuirme en los pensamientos de los demás, pero tampoco quiero que los demás se inmiscuyan en los míos.

Comenzaré con una gran confesión: ¡qué hombre tan impudicamente feliz soy rodeado de la desgracia generalizada! Allí hay guerra, sangre y horrores, y aquí mi Sashenka